

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 473

Alicante 27 de Diciembre de 1879.

Año X.

## LA VENIDA DEL MESÍAS.

(Conclusion.)

II.

### El Mesías esperado.

Tales eran, expuestos á grandes rasgos, los fundamentos sobre que descansaba la esperanza mesiánica. «Las profecías relativas al Cristo, son como el programa de los designios que Dios queria hacer ejecutar por medio de Israel. No son ambiguos como los oráculos paganos, ni provienen de una embriaguez que extingue la conciencia, ó de una sobreexcitación orgiástica; son la expresion clara é inteligente de los decretos de la divina Misericordia.» Y no podia ser de otra manera; era preciso que la claridad y sencillez de su expresion garantizaran su inteligencia, y fuese á la vez la mejor nota para distinguirlos de los oráculos paganos, ambiguos y oscuros hasta el punto de que un oráculo necesitara de otro que le interpretase. Esta misma claridad de las profecías ha sido acaso el escollo en que se ha estrellado el racionalismo. Su so-

berbia no se avenía bien con la clara sencillez de estos oráculos, que ha querido presentar revestidos con las deslumbradoras galas de interpretaciones pomposas, hijas de imaginaciones calenturientas y de inteligencias ridículamente petulantes, sin conocer siquiera que se ponía en evidencia. ¡Tan cierto es que Dios confunde á los soberbios é ilumina á los pequeños!

Pero volvamos ya á nuestro asunto. Los israelitas habían comprendido perfectamente los oráculos de sus profetas, cuya claridad no dejaba asimismo de iluminar, siquiera más débilmente, á los pueblos paganos. Consecuencia de esto era que la idea del Mesías fuese universal y universal también su esperanza.

No hay acaso una sola página en la Sagrada Escritura en que no se encuentre la expresion de los deseos por la venida del Mesías prometido. Esta esperanza era, digámoslo así, el patrimonio del pueblo judío, su consuelo y su apoyo en la desgracia. Así sucedía, que cuando el pueblo se hallaba reducido á la esclavitud ó en estado de decadencia, los deseos de la venida del Mesías se avivaban, y todos suspiraban por

aquel venturoso suceso repitiendo sin cesar: *Aperiantur caeli desuper et nubes pluatur justum, aperiatur terra et germinet salvatorem.* Así se explica aquella inquietud que se apoderó de sacerdotes, levitas y pueblo á la aparición de San Juan Bautista, y que les impulsó á preguntarle *¿eres tú el que ha de venir ó esperamos a otro? Y confesó y no negó; y confesó: No soy el Cristo.* La misma Samaritana habla de la venida de Cristo como de una prediccion cuyo cumplimiento era esperado con certeza. (S. Juan IV. 25.) El cántico de Zacarías en la expresion más viva de las más vivas esperanzas de la venida del Mesías. Pero la síntesis de todas ellas está en las palabras del viejo Simeon.

Aquel santo anciano recibe en sus brazos al hijo de la Virgen, y con la profunda emocion de la más santa alegría, con la grata satisfacción que experimenta el que, despues de dilatadas esperanzas, llega por fin á conseguir el objeto de sus deseos, deja salir de su pecho hondo suspiro con que desahoga su corazon y, levantando la mirada al cielo, exclama con entusiasmo: *«Nunc dimittis serrum tuum, Dómine.* Ahora ya, Señor, moriré gozoso, ahora ya bajaré alegre al sepulcro, porque han visto mis ojos la salud que nos has enviado y la gloria de Israel.

Pero no son solamente estas ideas, que los Evangelios no hacen más que indicar someramente, las que prueban que la esperanza del Mesías era general en todo el pueblo judío. Las paráfrasis caldaicas sobre el

Pentateuco por Onkelos, y sobre los profetas por Jonatan-ben-Osiel prueban de la manera más evidente lo universal y arraigada que estaba esta esperanza. Dichas paráfrasis contienen la expresion bien determinada y definida de la idea mesiánica. Parafraseando Onkelos el v. 17 del Capítulo XXIV Num. dice: *«¿Cuándo se levantará el rey salido de Israel?»* El historiador Josefo explica por el hecho de la esperanza del Mesías las últimas vicisitudes del pueblo judío. El pueblo conocía las profecías y esperaba al Dominador que saldría de Israel, al Fundador de la nueva alianza, que elevaría á su pueblo á un alto grado de prosperidad y grandeza. El pueblo veía cumplido el plazo señalado por Daniel, y las circunstancias que atravesaba respondían exactamente á las predicciones del profeta. Era la época del Mesías. Y en efecto el Mesías vino, era Jesús. Pero Jesús no fué reconocido por tal por la mayor parte de aquel pueblo á la sazón envilecido. Los fariseos á quienes el mismo Jesús hubo de apostrofar llamándoles *raza de víboras y sepulcros blanqueados*, habían conseguido desfigurar la idea mesiánica. Para ellos el Mesías sería un gran conquistador que había de obrar la restauracion política de su pueblo y devolverle su autonomia. Jesus no respondía á estas esperanzas carnales y fué rechazado. Sin embargo, el Mesías había de venir: y hé aquí la razon por que aquel pueblo se arrojaba en brazos de cualquier impostor que, llamándose el

Mesías, les prometía la dominación universal y les excitaba á la rebelión. Estas frecuentes rebeliones hicieron caer sobre la nación deicida todo el peso de la mano de Roma que destruyó el templo y dispersó á Israel por todo el mundo.

Los mismos paganos tenían también una idea siquiera vaga y oscura del Mesías, que debía venir á traer la edad de oro sobre la tierra, y esta esperanza estaba muy generalizada por los tiempos de Jesucristo. *Segun una antigua tradicion religiosa*, dice Tácito, *se creia generalmente que por aquel mismo tiempo el Oriente mejoraria, y que de la Judea saldrian los señores del mundo.* De la misma manera se expresa Suetonio (In vita Vesp. capítulo IV), y Ciceron (de Divin. XI) afirma que segun antiguas profecías, debía aparecer un Rey al que era preciso someterse para salvarse, y se pregunta á sí mismo. ¿Cuál será ese Rey? ¿Cuándo aparecerá? Finalmente, Virgilio vaticina, evocando los oráculos de la Sibila de Cúmas, el nacimiento de un niño maravilloso por quien ha de volver al mundo la edad de oro. La descripción que hace el poeta latino de esta edad, responde á la que dió Isaías (C. IX) de la época Mesianica. Virgilio ve cumplida esta predicción por el nacimiento de un hijo del Cónsul Polion, á quien dedica su Égloga. Los padres del Concilio de Nicea vieron en ella una profecía alegórica del nacimiento de Jesucristo y la leyeron con respeto en una de sus sesiones. El Emperador Constantino, en

un discurso que pronunció sobre las pruebas de la Santa Religion de Jesucristo, cita también la autoridad de Virgilio, la lectura de cuya Égloga contribuyó no poco á la conversión de aquel célebre Emperador. Véase el juicio de Gibbon sobre esta composición: «Cuarenta años ántes del nacimiento de Jesucristo, dice, el cantor de Mántua, como si fuese inspirado del espíritu de Isaías, había celebrado con toda la pompa de la metáfora oriental la vuelta de la Virgen, la caída de la serpiente, el próximo nacimiento de un divino Niño, hijo del gran Júpiter, el cual borraría los crímenes de los mortales y gobernaría en paz el universo con las virtudes de su padre. Anunciaba el nacimiento y propagación de una raza celestial, que repoblaría al mundo entero y traería consigo la inocencia y las felicidades de la edad de oro. El poeta ignoraba acaso el sentido misterioso de estas sublimes predicciones, que innoblemente se aplicaban al recién nacido de un senador ó triunviro. Pero si la interpretación de más brillo, y en verdad la más plausible de la Égloga IV, contribuyó á la conversión de Constantino, merece Virgilio un lugar muy distinguido entre los más celosos misioneros del Evangelio. (Ochoa—Obras de Virg.)

### III.

**La plenitud de los tiempos.**

Llegó la plenitud de los tiempos,

y el Mesías anunciado por los profetas y con tan vivas ansias esperado, se deja ver entre nosotros cual astro esplendoroso que, disipando las negras sombras del error y de la ignorancia, esparce doquiera la claridad de la luz que ilumina las inteligencias. Su influencia benéfica se dejará sentir por todos los confines de la tierra, y el fuego de su infinito amor irradiará el calor vivificante que reanimará á la humanidad ya yerta en presencia de la muerte. Ya la noche pasó y pliega su negro velo á la presencia del día que espléndido amanece. Alégrate, humanidad, y despierta del profundo letargo en que yaces: *hora jam est de somno surgere*. La hora de tu redención ha sonado, y hé aquí que *El que habia de venir* aparece ya cual iris de paz y de bonanza. Él viene á romper las cadenas que te aprisionan y á restituirte la libertad que perdiste en el paraiso.

Escrito estaba que el Mesías había de nacer en Belén de Judá: una circunstancia apremiante obligó á José á salir con su esposa de Galilea para ir á Belén, no obstante hallarse María próxima al término de su preñez. Era Belén el pueblo de David, su comun antepasado, y en virtud del empadronamiento general ordenado por el Emperador Augusto, allí debían hacerse inscribir. Fueron, pues á Belén, á donde también afluía gran multitud de extranjeros procedentes de Jerusalem en donde se celebraba á la sazón la *fiesta de las luces*, y como no encontraron al-

bergue en las hospederías, se refugiaron en una gruta de los campos que servía de establo. Allí á hora de la media noche, sin experimentar dolor alguno, no de otro modo que la flor exhala su perfume, la Virgen María dá á luz á su Hijo único, y el Verbo hecho carne habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad. Los campos en que nació Jesús eran propiedad del Templo, y en ellos pastaban los animales destinados á los sacrificios, habiendo allí pastores que velaban toda la noche. De pronto aquellos hombres ven aparecer un Angel circundado de resplandores el cual dirigiéndose á ellos les dice: «No temais, ántes bien regocijáos, que os soy portador de una buena nueva: Hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador; es el Cristo Nuestro Señor, y hé aquí el signo por el cual le conoceréis: encontrareis al Niño en pañales recostado en un pesebre;» y en el mismo instante, uniéndosele otros espíritus celestes, entonan á coro aquel hermoso cántico: «*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*» ¡Oh día feliz, fecha la más memorable de la historia de la Humanidad! Día en que termina el largo período de sus desgracias, y da principio la nueva era de felicidad que predijera Isaiás y cantara el poeta de Mantua:

Ultima Cumaei venit iam carminis actus,  
Magnus ab integro seclorum nascitur ordo;  
Iam redit et Virgo, redeunt saturnia regna,  
Iam nova progenies caelo dimititur alto.

No podemos resistir al deseo de

traducir algunos versos de esta Egloga de Virgilio, á la cual ya anteriormente hemos aludido, á fin de que puedan apreciar por sí mismos nuestros lectores el espíritu profético que la inspiró y las bellezas que encierra, poniendo con ella fin á este artículo:

«Ya llega la última edad anunciada en los versos de la Sibila de Cúmas; ya empieza de nuevo una serie de grandes siglos. Ya vuelve Astrea (la justicia) y los tiempos en que reinó Saturno; ya una nueva raza desciende del alto cielo. Tú, oh casta Licina, favorece al recién nacido infante, con el cual concluirá la edad de hierro y comenzará la de oro en todo el mundo... Desaparecerán los vestigios, si aún quedan, de nuestra antigua maldad, y la tierra se verá libre de sus perpétuos temores.

«Este niño recibirá la vida de los dioses, con los cuales será mezclado á los héroes, y entre ellos le verán todos á él, y regirá el orbe, sosegado por las virtudes de su padre. Para tí, oh niño, producirá en primicias la tierra inculta hiedras trepadoras, nardos y colocasias mezcladas con el risueño acanto. Por sí solas volverán las cabras al redil, llenas las ubres de leche, y no temerán los ganados á los corpulentos leones. De tu cuna brotarán flores hermosas; desaparecerán las serpientes y las falaces hiedras venenosas; por do quiera nacerá el amomo asirio, y cuando llegues á edad de leer las alabanzas de los

»héroes y los grandes hechos de tu padre, y de conocer lo que es la virtud poco á poco amarillarán los campos con las blandas espigas, rojos racimos penderán de los incultos zarzales y las duras encinas destilarán rocío de miel.

«¡Corred siglos venturosos! dijeron á sus husos las parcas, acordes con el incontrastable númen de los Hados. Ya es llegado el tiempo; crece para estos altos honores. ¡Oh cara stirpe de los dioses! ¡Oh glorioso vástago de Júpiter! Mira cómo oscila el mundo sobre su inclinado eje, y como las tierras y los espacios del mar, y el alto cielo y todas las cosas se regocijan con la idea del siglo que va á llegar. ¡Ojalá me alcance el último término de la vida y me quede aliento bastante para cantar tus altos hechos!

Vicente Calatayud.

## Á JESUS EN LA GRUTA DE BELEN.

Allí está. Vedle en la gruta  
Que, abierta en la peña tosca,  
Una mula y un buey solos  
Guardan en nocturnas horas.

Vedle. Sobre húmedas pajas  
Que rústico lecho forman,  
Mejor que en dorada cuna,  
Recien nacido reposa.

Josef le mira en silencio  
Con alma de amor absorta,

Que á entrever comienza el triunfo  
De la abyeccion en las sombras.

Y ella, la casta María,  
La amantísima paloma  
Que ha comprendido el arcano  
De humillacion tan heróica,  
Tambien callada le admira,  
Y en contemplacion gloriosa,  
Ya como Madre le besa,  
Ya como á su Dios le adora.

Y en tanto por fuera el cierzo,  
Ululando en tristes notas,  
Con soplo helado en los muros  
De aquella caverna choca:

Y los astros rutilantes  
Que la esfera azul tachonan,  
La media noche pasada,  
Brillo insólito denotan.

Y en las alturas resuenan,  
Entre cítaras sonoras,  
Voces de ángeles que dicen  
En cántico alegre: ¡GLORIA!

Si los séres celestiales  
Sus himnos de triunfo entonan  
Por el que honró tus entrañas  
Con santa misericordia,

¿Cómo en ese pobre establo,  
Desnuda de humana pompa,  
Te ves, en la noche fria,  
Tan desamparada y sola?

Ay! los mortales se alejan  
Con esquivéz injuriosa  
Del que la dicha les trae,  
Del que salvacion pregona;

Y ellos que al oro y al vicio  
Viles la rodilla doblan,  
No han querido recibirte,  
Virgen Madre, de Dios obra.

Cuando en Belen hace poco,  
Tras de jornadas penosas,

Sierva de la ley entraste  
Del censo á la ceremonia,

La apiñada muchedumbre  
Que llegaba presurosa  
Del Rey David á la pátria,  
Halló hogar que la conforta;  
Mas para tí, Santa y pobre,  
Para tí, Reina y Señora,  
No hubo una puerta ni un alma  
Que se abriese cariñosa.

Y á media noche, aterida,  
Llena de angustia y zozobra,  
Y en débil cabalgadura

Siguiendo sendas ignotas,  
Sola con Josef viniste  
A esa caverna en que ahora,  
Más humanas que los hombres,  
Te dan albergue las rocas.

¿Quién ha de venir á verte  
En mansion tan afrentosa,  
Si de Belen te arrojaron  
Los que tu grandeza ignoran?

Mas... ellos son. Sus cantares,  
Que resuenan á deshora,  
Dicen la intensa alegría  
Que de ventura les colma.

Ellos son. Aquí se acercan  
Los pastores y pastoras,  
A quienes ángel del cielo,  
Velado en luz fulgorosa,

Cuando el ganado guardaban  
En vigilante custodia,  
Nacido anunció al Mesías  
Que los profetas pregonan.

Hélos á tu planta, humildes,  
Llenos de fé candorosa,  
Dando al Niño adoraciones  
Que plácido galardona,

Y rindiéndole en ofrenda  
Suave miel, cándidas tortas,

Léche cual límpida nieve,  
Queso que alba espuma forma.

Modestos son esos dones,  
Pero en su pobreza hermosa  
La piedad los santifica  
Y el amor los avalora.

Claro lo dice tu rostro  
Que expresion sublime cobra,  
Tal que circunda tus sienes  
Dulce y vivida aureola.

Corrieron ráuidos los dias:  
Ya el Niño, Jesus se nombra,  
Desde que sufrió paciente  
La Circuncision penosa.

Sola estás... Mas no; retumba  
Sobre las ásperas lomas  
El andar de los camellos,  
De corceles que galopan.

Ya se acercan. ¿Son acaso  
Las desapiadadas hordas  
De los verdugos que Herodes  
Apresta en su saña loca?

No temas, que son tres Magos,  
Tres Reyes de Babilonia,  
Primicias del gentilismo  
Que á Dios rinden sus coronas;

Y aquí vinieron ansiosos  
Desde Seleucia remota  
Tras la *Estrella de Jacob*  
Que les guió esplendorosa.

Míralos, cuál con el polvo  
Del umbral su frente tocan,  
Y descalzan sus sandalias  
Que abundantes perlas bordan.

Mira cuán humildemente  
Ante tu Niño se postran,  
Y abriendo sus cofrecillos  
De maderas olorosas,

Rinden, cual triple homenaje,  
Al hombre, mirra simbólica,

Al Rey, oro refulgente  
Al Dios, incienso y aromas.

Abre al gozo, oh Virgen Madre,  
Tu alma que amor atesora:  
Ya el que hubiste en tus entrañas  
Al viejo mundo derroca.

María, la humilde gruta  
Donde padeciste y gozas,  
El primer templo se llama  
De la humanidad piadosa.

Y ese rústico pesebre  
Que húmedas pajas adornan,  
Ese es el altar primero  
En que al Dios vivo se adora.

A. Arnao.

## EL ESTADO MODERNO

### Y LA ESCUELA CRISTIANA.

#### II.

Las proposiciones del *Syllabus* (ó sea «Índice de los principales errores de nuestro siglo») donde se enuncian los relativos á la materia que tratamos, son las siguientes, á saber:

«XLV. Todo el régimen de las escuelas públicas en donde se forma la juventud de algun Estado cristiano, excepto algunos puntos concernientes á los Seminarios Conciliares, puede y debe ser atribucion de la autoridad civil, y esto en tal manera que en ninguna otra autoridad se reconozca derecho de inmiscuirse en la disciplina de las

»escuelas, ni en el régimen de los  
»estudios, ni en la colacion de gra-  
»dos, ni en la eleccion y aprobacion  
»de maestros.

»XLVI. Aun en los mismos Se-  
»minarios del Clero, el orden de los  
»estudios depende de la autoridad  
»civil.

»XLVII. La óptima constitucion  
»de la sociedad civil exige que las  
»escuelas populares á que asisten  
»los niños de cualquiera clase del  
»pueblo, y en general los institutos  
»públicos destinados á la enseñanza  
»de las letras ó á otros estudios su-  
»periores, y á la educacion de la ju-  
»ventud, estén exentos de toda auto-  
»ridad, accion moderadora é inge-  
»rencia de la Iglesia; que se some-  
»tan al pleno arbitrio de la autori-  
»dad civil y política y al gusto de  
»los gobernantes, y se acómoden á  
»las opiniones dominantes del siglo.

»XLVIII. Puede ser aprobada por  
»católicos una forma de educar á la  
»juventud, que separada de la fé ca-  
»tólica y de la potestad de la Igle-  
»sia, mire solamente á la ciencia de  
»las cosas naturales, y exclusiva, ó  
»por lo ménos principalmente, á los  
»fines de la vida social terrena.»

Basta leer estas cuatro proposicio-  
nes para hallar contenidos en ellas  
todos los principios fundamentales  
de la magna cuestion á que se refie-  
ren. El eje, si cabe así decirlo, so-  
bre que todos esos principios giran,  
es la doctrina, ó mejor dicho, la  
creencia que se profese acerca del  
último fin del hombre. ¿Este fin, es  
todo él natural, terreno, contingen-

te, vário y temporal; ó parte, por el  
contrario, aquellos atributos de uni-  
dad, necesidad y eternidad que ex-  
presamos al llamarle *sobrenatural*, y  
por consiguiente ultraterreno?

Dado que en cualquier orden de  
cosas, todos los medios han de ade-  
cuarse y proporcionarse á su último  
fin, dicho se está que en materia de  
enseñanza, medio tan principal, bien  
que no único, entre los adecuados y  
proporcionados al último fin del  
hombre, la doctrina y el hecho, ó  
sea la teoría y la práctica no pueden  
ménos de conformarse á lo que se  
piense y crea respecto de este último  
fin. Pues bien, la teoría y la prácti-  
ca de quien educa á los hombres co-  
mo si para todos y cada cual de ellos  
hubiere de consumarse toda su vida  
en la tierra, es el *Estado Moderno*;  
así como el instituto docente que en  
el hombre mira su sér definitivamen-  
te, destinado á vida colocada sobre  
todo límite de espacio y de tiempo,  
es la *Escuela cristiana*.

La mera frase, pues, «Estado Mo-  
derno y Escuela cristiana,» expresa  
una antítesis tan radical y absoluta  
como si dijéramos: el veneno y la  
triaca; el despotismo y la libertad;  
el absurdísimo predominio del error,  
erigido en derecho, y el legítimo  
soberano imperio de la verdad, que  
reclama y ejercita su derecho con-  
tra la tiranía del error; en resúmen,  
el Paganismo y el Cristianismo, pe-  
ro con la siguiente horrible adicion:  
el Paganismo, doblado de apostasía,  
y el Cristianismo empeñado con él  
en batalla, no ya sólo para defen-



der contra él la verdad religiosa, y todo el orden sobrenatural, sino tambien principios de derecho natural que reconoció y veneró el antiguo mundo pagano.

Tales son los términos del combate. En un lado, la Religion que vale tanto como decir la Iglesia católica, la Iglesia única de Cristo, Dios, Hijo único del Dios único verdadero, y por consiguiente autor de la única Religion verdadera) suprema educadora del humano linaje. En el otro lado, la potestad secular que rompiendo su vínculo de subordinación á la potestad espiritual, abusa de la fuerza que le ha sido dada para proteger el derecho divino, empleándola, ora en ladear desdeñosamente el magisterio eclesiástico, ora en perturbarle y disminuirle con subterfugios mañosos y triquiñuelas, ora en proscribirle positivamente con saña de verdugo, ora por fin, en la tentativa, mucho mas odiosa que todas estas, de hacerle instrumento de su dominacion, cómplice de sus iniquidades, y editor responsable, digámoslo asi, de su apostasía.

Que no siempre ni en todas partes los ministros del Estado Moderno prosiguen con todo rigor alguna de esas formas adversas, ora á la autoridad, ora á la libertad, ora á la integridad, ora á la dignidad del magisterio eclesiástico, queremos admitirlo como excepcion posible, como inconsecuencia de conducta, nacida de circunstancias transitorias. Pero esta entidad moral, este con-

junto de teorías y de leyes, de tendencias y de actos á quien llaman los católicos el Estado Moderno, es de suyo, tan radical y esencialmente la Política sin Dios, que por virtud de su misma sustancia, por su misma idiosincrasia nativa, no puede ménos de ser hostil en algun modo á la Escuela cristiana, y por consiguiente, favorable en algun modo á la Escuela sin Dios como quiera que el arranque de esa política, su punto inicial, su hipótesis necesaria, es «el detestable y tantas veces reprobado delirio,» diremos con el papa Pio IX, «que proclama como »fuente de todo derecho la potestad civil.»

De aquí justamente el propósito actual y el consiguiente proceder de los católicos en todas las regiones donde impera el Estado Moderno. Persuadidos de la imposibilidad moral, y aún física, de cambiar la esencia de este organismo pagano, forrado de apostasía; convencidos de que sustituirle el Estado Católico es de suyo obra lenta, difícil, y tal vez inasequible á la presente generacion, no pierden ya el tiempo exigiendo á los actuales dominadores de la tierra que instituyan, protejan y conserven una enseñanza íntegramente católica en sus principios y en sus medios; sino que se limitan á reclamar, en nombre principalmente del derecho comun natural, y por razones de orden político y civil, la *libertad de enseñanza*.

Con semejante reclamacion (menester es repetirlo, bien que tan ób-

vio sea ello) no entienden los católicos admitir la absurdísima y no sincera doctrina liberal que, de palabra al ménos, proclama como derecho el enseñar indistintamente lo que se quiera, por quien quiera, y como lo quiera, á cualquiera, sino únicamente entiende pedir: primero, que no se establezca en contra de ellos un privilegio odioso, quitándoles medio alguno expedito de ejercer el magisterio; segundo, que no se les obligue á confundir sus escuelas con ningunas otras donde se prescindan de la Religión, ó se la combata; tercero, que ninguna autoridad extraña, ni mucho ménos, positiva y deliberadamente hostil á su Religión, intervenga en la fundación, régimen, estudios y actos de sus institutos de enseñanza; cuarto y final, que de entre todos los medios indirectos con que la fuerza material del Estado puede impedir y frustrar la libertad de la enseñanza católica, renuncie cuando menos al empeño, tan injusto como ilógico, de reservarse la colación de grados y títulos académicos, sin los cuales no pueda ciudadano alguno dedicarse al ejercicio de cualquiera lícita profesión.

A esto llaman los católicos *libertad de enseñanza*. En ellos, pues, esta fórmula no implica contradicción alguna de sus tesis relativas á la sustancia, ni al modo, ni al ministerio legítimo de la enseñanza privada ó pública, sino que ellos dicen al Estado Moderno: pues que con tus teorías y tus prácticas en esta materia, nos autorizas y aún obligas á tenerte

por un apestado, reconoce nuestro derecho de apartarnos de tí, y el consiguiente de buscar en sana región aire para nosotros respirable. Ten siquiera compasión de tí mismo, y déjanos prepararte lugar de refugio para el día en que, desengañado ó escarmentado, quieras buscarle contra las tempestades que tú mismo has suscitado en la desdichada zona donde arrastras tu mezquina existencia.

De esto se trata. Menester era explicarlo para entender bien los términos del debate y los límites de la inmediata solución á que aspiramos. Enunciemos ahora tan sumariamente como nos fuere posible los fundamentos de nuestro derecho, para fijar después los hechos á que hemos de aplicarla, y de todo ello deducir un resumen de nuestros deberes.

---

## CRÓNICA RELIGIOSA.

---

### DISCURSO DE SU SANTIDAD.

---

Roma 8 de Diciembre.

Hoy, con motivo de la fiesta de la Inmaculada, Su Santidad ha recibido en audiencia á los peregrinos italianos, y ha pronunciado el siguiente discurso:

«En este dichoso día, en que se cumple el quinto lustro de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, es justo que nuestra alma se llene de gran alegría, fruto de los más queridos recuerdos.

» Veinticinco años hace que Nuestro glorioso predecesor Pio IX, de feliz y santa memoria; á quien la Providencia reservaba la suerte de añadir á la corona de la Virgen una de las más preciosas joyas, y de unir así sus glorias á las de Maria, promulgaba el decreto dogmático de la Concepcion Inmacula de la Madre de Dios. Al momento los fieles del mundo entero, inflamados del amor mas vivo hacia la Virgen sin mancha, satisfechos de su gloria, llenos de confianza en su poder, se dedicaron entonces, y durante los años siguientes, á celebrar con pompa cada vez mayor la fiesta de la Inmaculada Concepcion, y á solemnizar, sobre todo, el primer Jubileo de la definicion dogmática.

» Tambien vosotros, queridos hijos, con ocasion de vuestra quinta peregrinacion, habeis manifestado el deseo de celebrar este aniversario con toda la solemnidad posible, y es agradable para Nós el recordar que hallando conformes vuestros deseos á los Nuestros los alabamos y bendijimos, manifestándonos dispuestos á abrir los tesoros celestes de las indulgencias.

» Por su parte, los Obispos del mundo católico se han apresurado á hacer un llamamiento á la piedad de sus diocesanos, y éstos han correspondido á las esperanzas de sus Pastores de tal modo, que en todas partes ha surgido el vivo deseo de honrar con demostraciones extraordinarias de fé á la Virgen Inmaculada.

» Vosotros dais de ello elocuente testimonio, queridos hijos; vosotros, que por una santa inspiracion, habiendo colocado bajo los auspicios de Maria, vues-

tra sexta peregrinacion, os habeis reunido ayer cerca de la tumba de Pedro, en que fué proclamada hace veinticinco años la Concepcion Inmaculada de la Virgen Santísima.

» Hoy confirmais á nuestra presencia vuestros sentimientos de fé, vuestra plena adhesion á esta Sede Apostólica, unidos de este modo á todos los católicos de Italia y el mundo entero, porque una idea comun les anima á todos, y es la de rendir solemnes honores á Maria Inmaculada.

» Este movimiento de ardiente piedad, tan unánime y universal, es para Nuestra alma un gran consuelo; y en medio de los dolores y de las pruebas de la lucha presente, reanima nuestra esperanza de ver al fin lucir para la Iglesia el dia del triunfo sobre el infierno y el error.

» El error, en efecto; de nuestros tiempos, el que los resume todos y hace delirar á las inteligencias soberbias, es ese frio y bajo naturalismo que ha invadido todas las manifestaciones de la vida pública y el orden de la vida privada, sustituyendo la razon humana á la autoridad divina, la naturaleza á la gracia, para desterrar de todas partes á Jesucristo y esterilizar las frutos de la redencion.

» Ahora bien: Maria, por su Concepcion Inmaculada, nos recuerda muy oportunamente que, á causa de la caida de nuestro primer padre, la raza humana debia sufrir durante largos siglos todos los males del error y del mal, y que sólo de Jesucristo se deriva la gracia, la verdad y la salvacion de la vida pública y privada; que sin él toda dignidad, toda

prosperidad se pierde, y que cualquiera que rechace la bienhechora influencia de la Redencion, cae en la ignorancia y las tinieblas.

»Ademas, la Concepcion Inmaculada de Maria nos revela el secreto y la primera causa del poder de Maria sobre el enemigo infernal, que por medio de sus ministros hace á la Iglesia una guerra cruel.

»La fé nos enseña, en efecto, que desde el origen del mundo Maria fué predestinada á combatir al demonio con implacable enemistad. «Inimicitias ponam inter te et mulierem,» y á aplastarle la cabeza: «Ipsa conteret caput tuum.

»Este pensamiento debe animar nuestra confianza hácia Aquella que, con el poder que recibió de su Hijo, pudo ahogar en todos los siglos todas las herejias, y ser siempre socorro de los cristianos. Este pensamiento debe darnos esperanza cierta de que, despues de las pruebas de la lucha presente, será nuestra la victoria final.

»Haciendo abierta profesion de vuestra fé, practicando obras virtuosas, orando y siendo tiernos devotos de la Virgen Inmaculada, procurad, queridos hijos, y que todos los fieles procuren con vosotros, que se adelante el momento en que toda la familia humana pueda de nuevo regocijarse, experimentando los beneficios de la Redencion.

»Si; adelantad el momento en que, por la eficaz mediacion de Maria, la tempestad se calme, y podamos gozar de la prosperidad y la paz.

»Entre tanto, para aumentar vuestra piedad, para confirmar vuestras resoluciones, y como prenda de Nuestro espe-

cialísimo afecto, os concedemos desde el fondo del corazon la bendicion apostólica á todos vosotros, queridos hijos, á vuestras familias, á los católicos de Italia y á todos los fieles, hijos de Maria Inmaculada. — *Benedictio, etc.*»

## CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa conventual. Por la tarde continúa el Octavario en memoria del Sagrado Nacimiento del Niño Jesús.

Todos los dias se expondrá á S. D. M. á las cuatro de la tarde; se rezará el Santo Rosario, al que seguirán el sermón Octavario, Letania del Santísimo Sacramento y se reservará. Despues de la reserva se hará la adoracion del Niño Jesús.

Predicarán los señores siguientes:

Dia 28, D. José María Sanchiz, Canónigo Doctoral de esta Iglesia.

Dia 29, D. José Carratalá, Teniente cura de la misma.

Dia 30, D. Librado Carrillo, Sacristan mayor de la misma.

Dia 31, D. Juan Zarandona, Canónigo de la misma.

En Santa María, á las nueve, misa mayor.

Jueves.—*La Circuncision de Nuestro Señor.*—En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa conventual. Por la tarde predicará en el Octavario el Sr. Canónigo D. José Baeza, y despues de los ejercicios se dará la bendicion con Jesus Sacramentado.

En Santa María, á las nueve, misa mayor.

